

DOS ALMAS

Francisco Suniaga

Basilio Hernández, el taxista más viejo de La Asunción, entró a la sastrería y saludó a su dueño, y amigo de toda la vida, Guillermo Narváez. Era uno de los contertulios habituales en las tardes, al final de la jornada, cuando en el pequeño local del Bulevar 5 de Julio, se reunía con compañeros y conocidos de siempre a tomar café y comentar las nuevas del día. Tenía fama de memorioso y parte de la tertulia transcurría en torno a eventos pasados. Esa tarde Basilio decidió nuevamente hacer alarde de su memoria prodigiosa y escogió hablar de un hecho insólito, por lo lejano en el tiempo. -Guillermo, a que tú no eres capaz de acordarte qué canción sonaba en la radio cuando regresábamos de llevar a tu esposa al aeropuerto para un viaje a Caracas en 1980-. El sastre, enredado en ese momento con la manga de un traje, le respondió con tono de fastidio: -Eso fue hace 35 años, cómo me voy a acordar. Tú tampoco puedes. Ya te inventarás un cuento-.

Todos rieron de la respuesta que arrojaba una pátina de dudas sobre la honestidad de la memoria de Basilio. -Lo recuerdo perfectamente. Rosa, tu mujer, se iba a hacer una operación quirúrgica en Caracas porque aquí no había los medios para hacerla. Era algo delicado. Los llevé al aeropuerto a ti, a ella y a los dos hijitos de ustedes. Ellos iban felices por el paseo, riendo y saltando del asiento delantero al trasero, sin presentir lo grave de la situación que

atravesaba su madre. Al llegar al aeropuerto se tomaron todo el trámite como una fiesta. Saltaban sobre las maletas, corrían por los pasillos y por aquellos espacios abiertos de otrora, y me dije que nunca había visto niños más felices. Cuando llegó el avión era tal la emoción de los críos que tuvimos que aguantarlos para que no corrieran hasta él. Todo cambió cuando llegó el momento del embarque y se dieron cuenta de que su madre se iba y ellos se quedaban, como si de pronto hubiesen entendido lo complicado de la situación-.

En ese punto del relato, todos comenzaron a tomarse en serio el cuento de Basilio, esta vez no había jocosidad en su tono. Hasta el sastre detuvo la tarea que hacía para escuchar con atención al chofer. -Tus dos hijitos comenzaron a llorar desde que su madre los abrazó para despedirse y no pararon hasta llegar a tu casa, media hora después. Aquello era muy triste para mí, por el contraste. Aquellas dos criaturas que venían tan felices, regresaban tan abatidos. Prendí el radio para distraerme un poco y en Radio Margarita sonaba un bolero cantado por Leo Marini, 'Dos almas'. Entonces sí que me ganó la congoja, porque abrazadas a ti en el asiento trasero de mi carro llevaba en ese momento a las dos almas más desconsoladas del mundo. Jamás volví a ver a unos niños tan tristes. Por eso me acuerdo de ese episodio con tanta nitidez-.

